



Patricia Rotger

Memoria sin tiempo. Prácticas narrativas de la memoria en escritoras argentinas de la posdictadura

Córdoba

Comunicarte

2014

156 páginas

Mario Federico David Cabrera¹

Memoria, narrativa y mujeres: las enunciaciones del horror

Rodolfo Walsh reconstruye y escribe el asesinato de su propia hija en medio de un enfrentamiento armado con un grupo de tareas de la última dictadura cívico-militar argentina; Ricardo Piglia lee este caso y se pregunta: ¿Cómo narrar el horror? ¿Cómo acercarse a los bordes del lenguaje para expresar aquello que aún no encuentra palabras? Patricia Rotger se reconoce un eslabón más en esta cadena de enunciadores-interrogadores y se propone leer la literatura argentina de las últimas décadas a partir del problema de la representación de la violencia que manifiesta.

En este entrecruce de interrogantes, este libro se presenta como el resultado de la reescritura de la tesis doctoral de la autora, titulada *Prácticas narrativas de la memoria: identidad y política en textos de escritoras argentinas de la posdictadura*, dirigida por las doctoras María Teresa Dalmasso y Carmen Perilli, y en su encuadre teórico-metodológico da cuenta de un diálogo entre las derivas foucaulteanas para el Análisis del Discurso y los estudios de género. Asimismo, el texto manifiesta constantemente una serie de preocupaciones en torno a las relaciones

¹ Profesor en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo. Investigador del Instituto de Literatura “Ricardo Güiraldes” de la Universidad Nacional de

San Juan. Mail de contacto:
federicodavidcabrera@gmail.com

de la literatura y el crítico literario respecto del poder y sus dispositivos. Así queda manifiesto en uno de los presupuestos de trabajo:

La práctica literaria, al recrear sucesos del pasado histórico, es considerada como un discurso que participa en la construcción de la memoria social. Al mismo tiempo, dicha afirmación supone que la memoria se construye a partir del juego de asignaciones simbólicas que los discursos –literarios, periodísticos, históricos, etc.– vehiculizan (34).

El corpus está conformado por ocho novelas de escritoras argentinas publicadas entre 1981 y 2002: *Memorias del río inmóvil* de Cristina Feijóo (2002), *El fin de la historia* de Liliana Heker (1996), *Pasos bajo el agua* de Alicia Kozameh (1987), *A veinte años luz* de Elsa Osorio (1999), *Un secreto para Julia* de Patricia Sagástizabal (2000), *El dock* de Matilde Sánchez (1993), *Soy paciente* de Ana María Shúa (1996), *Una sola muerte numerosa* de Nora Strejilevich (1997) y *Conversaciones al sur* de Marta Traba (1981). La selección de este corpus responde a diferentes criterios. En primer lugar, debido a que el interés general de este trabajo es pensar a la literatura reciente como una narrativa de la memoria que detiene su mirada en el horror de la última dictadura militar; se utiliza un criterio histórico-político: textos publicados durante la transición y la posdictadura. En segundo lugar, la autora hace explícita su decisión de trabajar con producciones novelísticas de escritoras argentinas. No obstante, aclara que el objetivo no es tanto abonar una teoría de la literatura femenina como práctica estética diferenciada sino rescatar del olvido y poner en valor un conjunto de textos que, desde su punto de vista, no suelen formar

parte de los itinerarios habituales del canon literario. Por último, se concentra en textos que reconstruyen de distintas maneras figuras de la violencia política vivida durante la última dictadura militar. Al exponer estos criterios la autora hace uso de la noción foucaultea de “serie” como un instrumento que permite dar cuenta de un mapa de configuraciones estéticas diversas en un determinado período. En consecuencia, el corpus de trabajo pasa a ser denominado como “serie de la memoria”.

La hipótesis sostiene que esta serie pone de manifiesto la emergencia de una constelación de identidades femeninas que deben ser leídas en correlación con la coyuntura histórico-política específica de la Dictadura:

Así, la quebrada, la traidora, la guerrillera, la intelectual, la escritora o artista, la militante, la presa política, la torturada, la violada embarazada por secuestradores, la madre adoptiva, la exiliada y la niña expropiada constituyen una serie identitaria que define las representaciones genéricas de acuerdo a coordenadas políticas (38).

Para plantear esta hipótesis Rotger parte de la lectura del cuento “Cambio de armas” de Luisa Valenzuela (1999) al que presenta como la “mirilla” desde la cual despliega el análisis de los textos de la serie en tanto considera que este es el “cuento” que cuentan las novelas como materializaciones o efectos de la violencia política y del complejo proceso de recuperación de la memoria. De este modo, propone organizar la lectura de la serie a partir de dos ejes articuladores: la literatura de la opresión y la producción de verdad y sujeto. El primero tematiza sobre el horror de la violencia y la represión. El

segundo, la recomposición de la identidad en relación a una verdad encontrada.

En “Palabras iniciales” expone su concepción de memoria y los presupuestos éticos, históricos y políticos que atraviesan su trabajo crítico. En efecto, la memoria para Rotger es una práctica de apropiación del pasado que exige una lectura atenta de los usos y abusos a las que es sometida. Puede pensarse también como un conjunto de narraciones diferenciales de un pasado fragmentario, inconcluso, disperso y móvil que siempre está contándose. Ahora bien, la idea de memoria, según la autora, no puede ser comprendida como una problemática sino es en el marco global de una proliferación de prácticas de revalorización de los tiempos pasados, especialmente en el caso de las sociedades del Cono Sur en el contexto de la recuperación democrática. Para ello realiza un rastreo de debates y tensiones en torno a la construcción de la memoria en el contexto de las dictaduras y sus efectos en la cultura y demás instituciones. Señala como hitos en la experiencia argentina distintos encuentros culturales, la publicación del *Nunca más*, los indultos menemistas, la irrupción de HIJOS en la escena pública y política, los Juicios por la Verdad y las políticas en materia de Derechos Humanos llevadas a cabo por los gobiernos kirchneristas. De estos avances y retrocesos en el trabajo con la recuperación de la memoria destaca la importancia del trabajo crítico respecto de ella como un compromiso constante con la verdad y la justicia.

En la “Primera parte” Rotger se aboca a trazar un mapa de reflexiones actuales sobre la memoria a partir de tres ejes: las variaciones semánticas asignadas a la temporalidad, la relación entre las nociones de historia y memoria con especial referencia a los usos del olvido y de la memoria (Yerushalmi y Todorov) y

las posibles articulaciones entre subjetividad femenina y memoria. En la articulación de estos ejes se plantea que las prácticas literarias que analiza conforman movimientos de resistencia al olvido y ponen de manifiesto un diálogo inconcluso con el pasado a la vez que narran la inscripción de las políticas de la violencia en el cuerpo social a través de la emergencia de subjetividades que se construyen en relación con el pasado. Asimismo, en sus interrogaciones acerca de los roles femeninos en las prácticas comunitarias de la memoria, el trabajo de Rotger hace especial hincapié en el modo en que estas representaciones literarias hallan su correlato en los discursos sociales. Es por ello que destaca como un especial antecedente (a nivel de discurso social y trabajo con simbolizaciones) de la lucha por la memoria a la gesta de las Madres de Plaza de Mayo y destaca que:

Salir a la calle es una de las transgresiones a través de la cual las mujeres desbordan el trazado normativo de la ideología sexual dominante que se para lo privado (cuerpo, domesticidad, afectividad), y calza en la conocida consigna feminista que afirma que lo “privado es también político” (29).

La “Segunda parte”, tal vez la menos literaria, se interroga sobre las condiciones sociales que hacen a la violencia y la instauración de un estado terrorista en Argentina. Si bien señala que el consenso se hace posible gracias a la presencia de un discurso autoritario en la sociedad, y postula que ante el peligro que representa para la familia y la vida privada el terrorismo de Estado, el gender system entra en crisis: las mujeres salen del ámbito doméstico y se unen a la protesta social. Por otra parte, realiza una caracterización del discurso autoritario

como monológico y con una fuerte voluntad de producir verdad a la vez que explota la clandestinidad para propagar el miedo y privatizar cualquier conciencia de voluntad popular.

La “Tercera parte” se concentra en el análisis pormenorizado de las novelas de la serie. Para ello la autora propone, como adelantamos, dos ejes de lectura: la literatura de la opresión y la relación entre producción de verdad e identidad.

Con respecto al primer eje, considera que las dos grandes figuras que emergen de las prácticas literarias son la idea del lenguaje y la del propio cuerpo. La primera se construye como un problema debido a que se halla atravesado por la censura y la imposibilidad de enunciación de la experiencia violenta. La segunda se constituye en el escenario de inscripción de la violencia. Dentro del gran paraguas que imponen estas ideas distingue una serie de estrategias de representación: la organización del programa narrativo a partir de la tensión entre silenciamiento y enunciación del pasado (*Palabras al sur*), la desacralización de la vigilancia y de la muerte por vía del absurdo y el humor negro (*Soy paciente*), la denuncia histórica a través de lo testimonial (*Pasos bajo el agua*), el cuestionamiento de lo biografiado y el estatuto ético de sus heroínas (*El fin de la historia*) y la representación de la tortura como escenario de destrucción política y acoso del cuerpo de la prisionera.

El desarrollo del segundo eje parte del presupuesto de que los diferentes procedimientos de producción de verdad son, también, productores de un efecto de sujeto. Es decir que, remitiéndonos a Foucault, se piensa la subjetividad junto con la verdad como productos de las tecnologías del discurso. En primer lugar, analiza el modo en que el develamiento del secreto de concepción y afiliación en la

relación madre-hija se instituye como ritual identitario del cual emerge el sujeto con su contenido de verdad. En segundo lugar, se reflexiona sobre las tecnologías de la confesión como producción de verdad. Luego, en línea con las narrativas familiares y de la identidad, analiza la novela *A veinte años, Luz* como un texto en el que la búsqueda de la verdad es el motor de los personajes a la vez que desnuda una compleja trama de redes sociales que propagaron el miedo y el desconocimiento respecto del terrorismo de estado. Por último, la figura de desaparecido/reaparecido es pensada a la luz de la categoría derridiana de fantasma en *Memorias del río inmóvil* en tanto ente desestabilizador que habita una temporalidad interrumpida y que instaura la memoria y la justicia como tareas del presente.

Si de las novelas analizadas hasta el momento ha de decirse que construyen una serie de la memoria sobre la base de tópicos recurrentes como la censura, el secuestro, la tortura, la represión o la violación, la “Cuarta parte” se detiene en dos textos que presentan una singularidad dentro de este grupo puesto que exploran nuevas temáticas como la maternidad por adopción (*El Dock*) y el descubrimiento de la identidad sexual (*Memorias del río inmóvil*). Estas variaciones se orientan a pensar las implicancias privadas de las políticas de la violencia y, también, cómo la asunción de las identidades sexuales (travestismo, en el caso de la novela de Feijoó) se instituye como estrategia de lucha contra la censura y la opresión.

En las “Consideraciones finales” Rotger insiste sobre la voluntad que manifiestan los textos de nombrar lo innombrable, de flanquear los límites del lenguaje a la hora de narrar el horror y la violencia. Destaca también la emergencia de una subjetividad femenina que se

afirma como sujeto de escritura y que desde la incertidumbre del lenguaje desordena las coordenadas de representación impuestas para las mujeres. Por último, la autora se remite a Nelly Richard para sintetizar los presupuestos que orientan su hacer crítico: dar cuenta de las construcciones en torno a la memoria y cómo la literatura constituye un campo de representaciones del que emergen imágenes, creencias, ideologías y temores de una sociedad.

En síntesis, el trabajo de Rotger se constituye en un gran aporte para los estudios literarios puesto que no solo presenta un análisis cuidadoso, profundo y creativo de cada uno de los textos sino que también ilumina distintas articulaciones metodológicas entre discursos sociales, crítica literaria y compromiso con la memoria y la defensa de los derechos humanos. La escritura, sin dejar de cumplir con ningún requisito formal propio de una tesis doctoral, convoca a una lectura placentera y movilizante.